STEPHANIE ARCHER

Cómplices



CROSS BOOKS

SERIE VANCOUVER STORM 3

STEPHANIE ARCHER

Cómplices

CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Wingman*
© del texto: Stephanie Archer, 2025
Publicado de acuerdo con Triada US Literary Agency a través de IMC, Agencia Literaria S.L.

© de la traducción: María Cárcamo, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2025
ISBN: 978-84-08-30564-4
Depósito legal: B. 11.509-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Capítulo 1
Hayden

—Deja de mirar así a Darcy —dice Jordan cuando viene a cambiarme el vaso vacío por otra cerveza.

Aparto la mirada de tres mesas más allá, donde mi amiga y compañera de piso está en una cita con un tipo que no para de mirarle las tetas.

—No la estoy mirando.

Vuelvo a fijar los ojos en el pelo de Darcy, de un rubio pálido que brilla bajo la iluminación tenue del bar. Es su primera cita después de haber roto el compromiso con mi mejor amigo, Kit. Me está dando la espalda, así que no puedo verle la cara.

—¿Qué te parece el chico? —le pregunto a Jordan—. Creo que no la ha hecho reír ni una vez.

Es el chico quien lleva el peso de la conversación.

Jordan pone los ojos en blanco.

—Darcy está bien.

—Ya sé que está bien.

Como camarera casi en los treinta y propietaria del Filthy Flamingo, el antro al que solemos venir después de los partidos del Vancouver Storm, Jordan tiene bastante experiencia como observadora de citas desastrosas.

Pero en una cita, Darcy debería estar mejor que bien. El tipo este debería estar a sus pies, haciendo todo lo posible para conseguir su atención. Darcy Andersen lo tiene todo. Es inteligente, divertida y preciosa, con un cabello rubio pálido muy bonito y los ojos verdes mar, y una nariz adorable que se levanta por la punta. Y es la fan número uno de la serie de libros de *romantasy La espada del norte*, que fue gracias a lo que nos conocimos hace ocho años, cuando me senté a su lado en la clase de Lengua del primer año de universidad porque llevaba una camiseta de la saga.

Va a salir corriendo en cualquier momento.

Aunque no es que me importe. Me gusta tenerla toda para mí después de haberse pasado cuatro años en Calgary viviendo con Kit, eso es todo.

Jordan arquea una ceja.

—Entonces, ¿por qué estás aquí en plan padre superprotector?

Noto unos nudos en el pecho, pero pongo una sonrisa lánguida y segura.

—¿Qué pasa? ¿No puedo tomarme una cerveza solo?

—Nunca estás solo, animal de manada.

Resoplo una risa apretada. Sabía que deberíamos haber ido a otro sitio.

Dentro del equipo Vancouver Storm, soy el alma de la fiesta. El gracioso que consigue convencer a todos para ir al Filthy Flamingo después de los partidos. El antro de mierda con carteles de grupos de música, cerveza barata e hileras de luces por el techo es nuestro sitio favorito para quedar. Es raro que nos reconozcan aquí y, si alguno de los demás empleados lo hacen, nunca se han atrevido a decir nada delante de Jordan.

Pero Darcy quería venir aquí.

—Le dije a Kit que cuidaría de ella después de la ruptura.

—Me paso la mano por la nuca. Kit y yo empezamos a jugar juntos al hockey de adolescentes, y es mi mejor amigo desde entonces, aunque ahora cada uno juegue en un equipo diferente de la NHL, la liga nacional de hockey—. Y ella estaba nerviosa por esta cita, así que me ofrecí para sentarme unas cuantas mesas más lejos para darle apoyo moral.

—Apoyo moral.

—Sí. Por si pasa algo. —Parece que estoy a la defensiva, así que pongo otra sonrisa engreída—. Puedo ser muy intimidante.

Juego como defensa, por lo que soy un tipo robusto. Trabajo con algunos de los mejores entrenadores, nutricionistas e instructores del deporte profesional, y se nota.

—Ya. —Resopla con una mirada inexpresiva—. Das un miedo que flipas, sí.

Le dedico una sonrisa encantadora, pero desvía la mirada de nuevo hacia Darcy.

—Ve a ver de qué están hablando.

—Owens, déjala en paz.

Levanto las manos.

—Prometo no interferir a no ser que ella me haga la señal.

«Tira el posavasos al suelo —le dije a Darcy antes. Le saqué una carcajada—. Y te llamaré con alguna excusa falsa».

Jordan sacude la cabeza, pero tuerce la boca en una sonrisa burlona.

—Sois ridículos.

Vuelve a la barra y yo vuelvo a mirar a Darcy.

Se tira de la manga. Se mueve en el asiento. Mira por encima del hombro.

Detengo la cerveza de camino a la boca.

Él dice algo que a ella le tensa los hombros. Vuelvo a estar en alerta, deseando saber leer los labios, justo cuando

su posavasos cae de la mesa y golpea contra el suelo. Se me dibuja una sonrisa en la cara y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Diga? —responde ella preocupada.

—Lo que sea, cualquier excusa.

Ella ahoga un grito y yo sonrío aún más mirándole la nuca.

—¡Dios mío! ¿Cómo? ¿Estás bien?

—Tengo un uno por ciento de batería y he preferido llamarte a ti antes que a emergencias. —Se me expande el pecho y unas chispas estallan dentro de mí. Estoy sonriendo como un idiota—. Podría trepar por el edificio, pero estoy en el ático y voy desnudo.

—¿Te ha atropellado un coche? —Me doy cuenta de que se está esforzando por no reírse.

—Sí. Desnudo. Estaba sacando bíceps y el conductor se distrajo. He provocado un choque múltiple.

—¿Y estás en el hospital?

—Sí, y no paran de mirarme los músculos. —Suspiro—. Me siento cosificado, como un trozo de carne. No sé cómo voy a superar esto sin ti.

Aunque estoy tres mesas detrás de ella, noto que pone los ojos en blanco. No soy precisamente un tímido capullo de alhelí. Disimula la risa con una tos.

—Pobrecito, qué miedo has debido pasar. Enseguida voy. Oye, Hayden.

—Dime, Darcy.

—No llores. Todo irá bien.

Cuelga y yo me río por lo bajo.

Eso es lo que deberíamos estar haciendo. No ella en una cita con un tipo que no para de babear por sus tetas.

—¿Desnudo en la terraza? —Darcy se deja caer en la mesa enfrente de mí treinta segundos después de salir con el tipo—. ¿En serio?

Mi sonrisa coqueta se vuelve cada vez más grande.

—Por eso siempre tengo una llave fuera.

Ella pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—Supongo que no era tu Príncipe Azul si ha hecho falta una emergencia.

—Ni por asomo. —Se lleva las manos a la frente—. Ha sido un desastre.

No debería alegrarme al oír esto.

—Qué pena.

—Me ha dicho: «Mi familia es muy grande y tenemos bebés grandes muy cabezones». —Me ve encorvado hacia delante, riéndome, y me lanza una mirada agresiva, aunque se le está torciendo la boca—. Deja de reírte.

—¿Qué pasa? Te ha advertido con tiempo.

Ella gruñe.

—No ha parado de hablar de su futura boda y de que su madre lo tenía todo organizado. —Retuerce la cara en una mueca—. Y fuera ha querido besarme.

Mi sonrisa desaparece.

—¿Y lo has besado?

Es la ex de Kit. Está prohibida, además, es capaz de tomar sus propias decisiones, pero al imaginarme a un tío cualquiera poniéndole las manos encima me entran ganas de romper algo.

—Claro que no. —Pone una expresión espantada—. Le he mentido y le he dicho que tenía un herpes labial, que no debería besarme.

Aliviado, me río con el vaso en los labios.

—Voy a tener que apuntarme esa excusa.

—Sí, como si te hiciera falta con el desfile de modelos con las que sales.

Pongo una mueca.

—Tres. No un desfile.

Ella hace un ruido de contrariedad. Mira al suelo con las comisuras de los labios hacia abajo.

—¿Qué pasa?

Sacude la cabeza y parpadea.

—Nada.

—Darcyyyy. —Arrastro la palabra.

Me mira a los ojos y se muerde el labio carnoso.

—Pensaba que sería divertido tener una cita, pero ha sido horrible. Quería todas las cosas que yo no quiero.

Se me rompe el corazón. No soporto verla así.

—¿Qué prisa tienes? Solo ha pasado un mes.

—Pues tengo prisa porque he perdido... —Se interrumpe y su mirada se vuelve cautelosa.

—¿Has perdido qué? —¿Tiempo? ¿Ha perdido el tiempo? Estuvieron ocho años juntos.

—Nada. —Sacude la cabeza—. Estoy en Vancouver para empezar de cero. Ciudad nueva, equipo de trabajo nuevo, apartamento nuevo en cuanto lo encuentre.

—¿Apartamento nuevo? —Le pongo una mirada de: «¿Qué dices?»—. Si vives conmigo.

—No, vivo contigo de momento. No puedo quedarme.

—Claro que sí.

Me mira inexpresiva.

—Hayden. No puedo permitirme ese piso.

—Nadie ha dicho nada de alquiler. —Y no pienso aceptar ni un centavo de su parte. Tiene un buen empleo, pero con todo lo que yo tengo y lo bien que me lo paso viviendo con ella, tengo la sensación de que es ella la que me hace el favor a mí.

Agacha la cabeza desesperada.

—No empieces.

—Solo digo que gano millones de dólares al año. —Pon-

go una sonrisa engreída—. No necesito tu triste sueldo de contable.

Darcy sacude la cabeza.

—Joder, menudo ego. Igual sí que necesitas tenerme cerca para bajártelo un poco.

—Me encantaría.

—En fin. —Me hace un gesto con la mano—. Como si todo eso fuera poco, también una nueva situación sentimental: soltera. —Titubea con la última palabra y se pasa una mano por la barriga, como si estuviera nerviosa.

La ruptura con Kit no es asunto mío, pero cuando me llamó para darme la noticia, estaba todavía muy triste y yo no...

Yo no podía hacer nada. Es Darcy. También es mi amiga. Animarla y distraerla es mi obligación.

—No tienes que volver a salir con chicos tan pronto. —Agarro mi vaso con más fuerza. Puede quedar conmigo, mejor—. Pásatelo bien, ya está.

—Sí. —Se le iluminan los ojos y me hace un gesto—. Pasarlo bien. Exacto. Llevo un mes llorando en el sofá por la ruptura y... —traga saliva—, hacía mucho tiempo que quería romper con él.

Me esfuerzo para no reaccionar.

—No lo sabía.

Ni siquiera sé toda la historia de por qué lo han dejado. No ha querido hablar del tema, así que no he insistido. Cuando esté lista, me lo contará.

Aunque tengo muchísima curiosidad. ¿Fue por algo que hizo él? Siempre han parecido muy felices juntos.

—El tío de esta noche ya quería presentarme a su extensa familia —continúa—. Quería que hubiera cisnes en la boda, Hayden. —Se me queda mirando y yo me sacudo con una carcajada—. Cisnes y caballos. Lo tenía todo planeado. Solo

le faltaba encasquetárselo a alguien. —Pone una expresión de asco—. Solo quiero pasármelo bien y distraerme. ¿Dónde están esos tíos?

Le guiño un ojo.

—Aquí, cielo.

Ella resopla.

—Joder. Pareces su líder. Llévame con ellos.

Debería estar acostumbrado, pero la etiqueta escuece, sobre todo viniendo de ella.

Nunca quise tener esta reputación. Lo que pasa es que nunca he conocido a una mujer con la que me interese tener una relación seria. Si detecto el más mínimo interés en el compromiso, no le pido salir. No engaño a nadie, y tampoco me invento excusas, pero sí que me aseguro de que nos lo pasemos bien.

Soy un tío guapo, tengo unos buenos abdominales y se me da muy, pero que muy bien follar. Nunca finjo ser nada más.

—Un momento. —Entrecierra los ojos—. Tú sales con tías, pero nunca te pillas por nadie.

La miro perplejo por encima del borde del vaso.

—¿Y?

—Tú siempre te diviertes. Se te da genial todo eso de las citas, llevas años practicando. Seguramente hayas salido con cientos de chicas.

—¿A dónde quieres llegar? —Sea lo que sea, no me gusta.

Levanta los labios y le brillan los ojos con interés.

—Quiero ser como tú.

—¿Devastadoramente guapo?

Su sonrisa crece.

—No, un mujeriego. Hayden, quiero que me enseñes a ligar.